

Un relato escrito por Gonzalo Rodas Sarmiento, perteneciente al libro "La iglesia adolescente".

Antonio Montesinos

Nací en España, en un pueblito pequeño, cerca de Salamanca. Siempre fui muy estudioso. Ya me acercaba a los treinta años cuando entré a los Dominicos, para ser un predicador. Después de eso, cuando me ordené de presbítero, me asignaron a la ciudad de Ávila, la cual me trató bastante bien.

Sin embargo, estuve poco tiempo allí, pues me embarqué hacia el Nuevo Mundo, el que había sido descubierto cuando yo cumplí 17 años. Desde entonces que quería partir a las nuevas tierras, y por eso aproveché la primera oportunidad que se me presentó. Junto a fray Bernardo y a fray Domingo, comandados por el prior Pedro de Córdoba, salimos en misión hacia ese destino.

Llegamos a la isla La Española, y ahí nos instalamos, en una casa muy sobria, en la cual organizamos una pequeña capilla. Vivimos como predicadores que somos, enseñando que Dios es Amor. Y cuidamos a la población indígena, ya que está tan despreciada y esclavizada por otros cristianos colonizadores, apegados a la mentalidad imperialista que ha adoptado el gobierno español para con las colonias. En la nobleza se jactan de ser muy religiosos, pero yo no veo en ellos muchos valores humanos, ni tampoco que estén en consonancia con el evangelio. En cambio, para nosotros es primordial el trabajo pastoral. Cuando bautizamos no lo hacemos de manera autoritaria ni para someter a las personas.

Llegaron también al Nuevo Mundo otros frailes dominicos, y ya somos un buen número. Entre ellos, uno muy especial, fray Bartolomé De Las Casas. Tiene indios a su servicio, pues está acostumbrado a ser de familia acomodada. Sin embargo, no es abusador con los indígenas, sino se interesa en ir descubriendo su cultura.

* * *

Un poco antes de Navidad me tocó predicar en la misa principal de ese domingo. El sermón lo preparamos entre varios, y a mí me encargaron decirlo, talvez porque soy el más decidido de todos.

Primero, leí el evangelio del día, ése que dice "Yo soy la voz que clama en el desierto...". Es el texto que tocaba. No lo elegí, pero venía como anillo.

Enseguida, subí al púlpito, y empecé a hablar, sin necesidad de leer:

-Una voz que grita en este desierto dice que muchos de vosotros estáis en pecado, siendo crueles y tiranos con los indios que tenéis esclavizados.

Ya se empezaron a sentir murmullos de sorpresa. Nadie esperaba que mi plática no fuera complaciente.

-¿Con qué derecho lo hacéis? -continué- ¿Con qué autoridad hacéis la guerra a esta gente que estaba pacíficamente en sus tierras? ¿Les dais de comer, siquiera?

Ellos están oprimidos y cansados, y se os mueren. ¿Acaso os ha importado eso? Son personas como uno, y tienen alma. Son hijos de Dios, igual que nosotros. Pues, amémoslos como a nosotros mismos. Es lo que Jesús nos enseña.

No fue una homilía extensa, pero tuvo gran intensidad. El gobernador Diego Colón estaba entre los feligreses, y quedó tan disgustado que, ese mismo día, reunió en su casa a otras autoridades y vecinos de la ciudad para definir los pasos a seguir, a raíz de la prédica que habían tenido que soportar. Decidieron llevar una queja formal ante nuestro prior.

Así lo hicieron, exigiéndole una retractación pública. Don Pedro los recibió con gentileza, y les respondió que no habría ningún inconveniente en revisar los términos del famoso sermón, para precisar la materia de acuerdo a la doctrina cristiana.

De esta manera fue que me pasé la Navidad preparando un segundo sermón para el domingo siguiente. Me resultó más o menos parecido al anterior, pues no había cómo hacerlo de otra manera. Agregué que sólo podremos enseñar cristianismo con el ejemplo.

Después de escuchar la homilía en la misa dominical, en un templo repleto de gente, Don Diego decidió enviar una carta de protesta, dirigida al rey de España.

Mientras tanto, Fray Bartolomé se acercó a conversar conmigo, resuelto a cambiar en algunos aspectos su forma de vida. De partida, les dio la libertad a los indios que estaban a su servicio. Y de hecho, De Las Casas se ha transformado en uno de los más valiosos defensores de los derechos de los indios.

Varios meses después, don Diego Colón tuvo la respuesta del monarca, diciéndole que si los frailes persistiesen sean enviados a Castilla en el primer navío, a rendir cuenta al superior de la Orden.

Así fue como tuve que viajar a España. Junto al franciscano Alonso de Espinar, quien iba enviado por Don Diego, para contrarrestarme. En la Madre Patria no fui bien recibido. Se me cerraron las puertas. Tuve que recurrir a los más variados trucos y situaciones forzadas, hasta que el rey accedió a escucharme. Le conté con detalles las ofensas a que eran sometidos los indígenas. Fui todo lo convincente que pude, a tal punto que el rey convocó a varias personas de respeto para debatir la cuestión. Así, poco a poco fui saliendo airoso de esto. Hasta Espinar concordó conmigo, e iniciamos una gran amistad. Me habló de un franciscano llamado Pedro de Gante, el cual está haciendo un trabajo notable en Méjico. Tengo ganas de conocerlo.

* * *

Volví a América, pero esta vez a la isla San Juan. Allí me enfermé, y me venía una fiebre altísima, pero finalmente mejoré de eso.

En La Española, el padre Las Casas ha hecho una gran labor. Todo el mundo confía en él. Incluso los encomenderos, pues antes fue uno de los suyos. Es por eso que Fray Bartolomé actúa habitualmente como mediador y conciliador.

Años después me correspondió viajar nuevamente a España, para realizar gestiones que permitieran tener una Provincia Dominica en América.

En cuanto pude, volví al Nuevo Mundo. Me encargaron ser Vicario de los dominicos en Venezuela. Diez años he estado en esto, con muchos problemas de incomprensión por parte de los colonizadores.

Me di el tiempo para viajar a Méjico, y así conocer a Pedro de Gante. No me fue difícil ubicarlo, si todo el mundo lo conoce. Me impresionó muy bien. No sólo es un gran misionero, sino también es formador de misioneros. Él da a conocer su método. Muestra el cristianismo a los niños, y también les enseña a leer, a escribir, a cantar, y artes manuales. De ahí, después empiezan a llegar los papás y mamás. Vienen multitudes a pedirle el bautismo.

Entre ellos, llegó hace algunos años un matrimonio indígena, que después ha dado mucho que hablar. Pedro me contó que al bautizarlos les dio por nombres Juan Diego y María Lucía. Resultaron ser muy religiosos, y hasta místicos. Después que Juan Diego enviudó, María Lucía empezó a estar muy presente en sus oraciones.

Un día, Juan Diego llegó diciendo que en una de sus caminatas desde su pueblito a Tenochtitlán se le apareció la Virgen María.

-Y eso le ocurrió varias veces más -me dijo Pedro de Gante- y la gente no quería creer.

-Es un tema delicado -respondí, pero pienso que para Juan Diego es muy importante la vivencia que tuvo, de cualquier forma que haya sido ésta.

-Justamente, hemos cuidado mucho ese aspecto.

No me fue posible conocer a Juan Diego, pues yo tenía que volver pronto a Venezuela.

Y ahora que ya estoy de vuelta, mi vida no está siendo fácil. Desde hace algunos días tengo la percepción de que me siguen, y no creo que para nada bueno.